

su jefe, siempre fué honrado caballero, de amable carácter, de modales distinguidos, de talento superior para los negocios y las lides parlamentarias, y que debe quedar exento y libre de toda mancha y nota de complicidad en manejos indignos; pudiendo decirse que si permanecía en un puesto del cual habia querido retirarse con marcada insistencia, era sólo porque no hallaba en sí la fuerza de resistir á las súplicas del Monarca, el cual para imponer silencio á sus razones y ruegos le repetía en toda ocasion que no alcanzaba cómo un caballero hidalgo y animoso podia ser capaz de abandonar en trance semejante á su señor que tanto lo amaba.

Constaba la oposicion de dos partidos, hostiles otro tiempo, mas reconciliados y bien avenidos ahora, merced á un acuerdo aparente, como lo demostró el suceso despues. El más numeroso de los bandos reunia la mayor parte de la nobleza *whig*, y tenía por jefe al marqués Cárlos de Rockingham, discreto y honrado personaje, superior por su riqueza é influencia parlamentaria á la casi totalidad de los grandes de Inglaterra; pero á quien vedaba representar principalísimo papel en las discusiones de la Cámara de los Lores su excesiva timidez. En la de los Comunes dirigía los amigos y parciales de Rockingham, Fox, cuyos habitos de disipacion y cuya mala conducta y estado precario de hacienda eran objeto de murmuraciones y comentarios y hablillas constantes; pero á quien su talento, y su carácter dulce, generoso y bueno hacian amable á todos y conciliaban el afecto, la simpatía y el respeto de los mismos que lamentaban sus desórdenes privados. Burke, muy superior á Fox en conocimientos, amplitud de miras é imaginacion, pero ménos hábil en la lógica y la retórica especiales

que sirven á persuadir las grandes Asambleas, habia condescendido en ser segundo de un capitán que podia muy bien ser hijo suyo.

La parte ménos numerosa de la oposicion se componía de los antiguos partidarios de lord Chatham, y estaba dirigida por Guillermo, conde de Shelburne, tan notable á título de hombre de Estado como de amigo de las letras. Con él iban lord Camden, que fué canciller del Gran sello hacia poco tiempo y poseía la estimacion de las gentes por su integridad, rectitud, talento y experiencia constitucional; Barré, declamador elocuente y acerbo, y Dunning, que fué por largos años el primero en el foro. Hacia este grupo se sentia naturalmente atraído el jóven Pitt.

El 26 de Febrero de 1784 pronunció su primer discurso apoyando el plan de reformas económicas propuesto por Burke. Fox se levantó al mismo tiempo; pero renunció en su obsequio á usar de la palabra, quedando los oyentes del novel orador sorprendidos y embelesados de su apostura, digno ademan, majestuoso estilo, animacion, aplomo, acierto y viveza en replicar á los que le habian precedido en el debate, del timbre argentino de su voz y de los periodos elegantes y correctos de su improvisacion. Más impresionado que los otros, exclamó Burke al oirlo con lágrimas de alegría: «No es vástago del árbol añoso que todos conocimos, sino el mismo árbol rejuvenecido!» «Pitt será con el tiempo, dijo á Fox un individuo de la oposicion.» «Ya lo es,» le contestó éste, cuyo noble y bondadoso carácter fué siempre ajeno á la envidia. Digna es de particular mención la circunstancia de que poco tiempo despues del primer discurso de nuestro William Pitt, Fox mismo lo presentara

en el club de Brooke; detalle que recordaban muchos contemporáneos, cuya vida se prolongó hasta casi nuestros días. Dos veces más hizo uso de la palabra durante aquella legislatura, y sostuvo en ambas la reputación conquistada en la primera. Al terminar, volvió á consagrarse al ejercicio de la abogacía, encargándose de varios negocios, por cuyas defensas orales mereció ser felicitado de Buller en pleno tribunal, y de Dunning en el colegio.

Reunióse de nuevo el Parlamento á 27 de Noviembre. Cuarenta y ocho horas ántes había llegado la noticia dolorosa de la capitulación de Cornwallis con todo su ejército, y sido necesario, por tanto, rehacer el discurso de la corona. Excepto el Monarca, no quedaba un inglés en todo el Reino Unido que no tuviera el convencimiento íntimo de la imposibilidad de someter á los rebeldes de América. Pitt terció en la discusión del Mensaje y habló con más energía, elocuencia y tersura todavía que las veces anteriores, arrancando nutridos y sinceros aplausos de sus aliados. Enrique Dundas, lord abogado de Escocia, que militaba en las filas del Gabinete, aventajó, sin embargo, á todos los amigos políticos de Pitt en los plácemes y alabanzas que le prodigaron, y fué que aquel veleidoso y hábil parlamentario comenzó á prever la caída del Ministerio que sostenía con éxito y eficacia, y á preparar la retirada para no ser aplastado en su ruina. Desde la tarde misma en que William Pitt pronunció el discurso á que hacemos referencia, trabó amistad con él, que se hizo despues íntima y estrecha, y duró ya siempre hasta que la muerte la puso término.

Quince días más tarde habló Pitt en la comisión de presupuestos de Guerra. Comenzaban á notarse

ya ciertos síntomas precursores de disidencia en el banco ministerial, y en prueba de ello lord Jorge Germaine, secretario de Estado, y á cuyo cargo corría más principalmente la conducta de la guerra de América, cuando hizo con este motivo uso de la palabra empleó un lenguaje que no se compadecía ciertamente con las declaraciones formuladas ántes por el primer lord del Tesoro, contradicción que nuestro William puso en evidencia con mucha sagacidad y pericia. Y como en aquel punto mismo de su oración lord Jorge y lord North comenzaron á decirse palabras al oído, y Welbore Ellis, antiguo funcionario que había vivido y prosperado bajo casi todos los gobiernos desde la época de Enrique Pelham, se interpusiera en actitud de terciar en la misteriosa plática, por más que tales interrupciones sean ocasionadas á las veces á turbar el ánimo de oradores avezados á las luchas del Parlamento, Pitt no se cortó, sino que se detuvo, y echando una mirada sobre los interlocutores, dijo con admirable oportunidad: «Esperemos para continuar á que Nestor ponga término á la disputa entre Agamenon y Aquiles.»

Al cabo de varias derrotas, ó de triunfos que lo parecían, presentó el Ministerio su dimisión. El Rey entonces, bien contra su voluntad y de muy mala gana, consintió en admitir á Rockingham como primer ministro. Fox y Shelburne fueron secretarios de Estado; lord John Cavendish, uno de los hombres más rectos y respetables de aquel tiempo, quedó al frente del departamento de Hacienda, y Thurlow, que por su carácter y talento se había levantado con la dictadura de la Cámara de los Lores, conservó el gran sello. A Pitt le ofrecieron por medio de Shelburne el cargo de vicetesorero de Irlanda, que así es de fácil desempeño en la admi-

nistracion inglesa como de pingües productos; pero rehusó sin vacilar, porque se habia propuesto no admitir sino una cartera; propósito que hizo público algunos días despues en la Cámara de los Comunes.

Bien será decir con este motivo que ántes era más limitado el número de individuos que concurrían á la formacion de los gabinetes, y que si en nuestros días se han visto ministerios de diez y seis, en la época de nuestros abuelos un gobierno de diez ú once personas se consideraba como excesivamente numeroso, siendo siete los ministros que lo componian de costumbre. Y como, además de esta circunstancia muy atendible, vieron todos que Burke mismo habia sido nombrado pagador general y no formaba parte del Ministerio, hallaron algunos por extremo presuntuosa y vana la declaracion de Pitt. El mismo lo sintió despues de haberla pronunciado. «Se me escapó de los labios en el calor de la improvisacion,—dijo á sus amigos,—y habria dado cualquier cosa porque nadie la oyera.» Sin embargo, en la opinion pública no le perjudicó, pues se halló que «el segundo William Pitt mostraba tener con esto el carácter y el ingenio del primero.» Y así era, en efecto, pues tanto el hijo como el padre, si fueron orgullosos y altivos con exceso, jamás alentaron pensamientos innobles y bajos. Podia parecer extraño, tal vez, y arrogante que un abogado jóven, que vivia trabajosamente de una renta de mil y quinientos pesos al año, rehusara el sueldo de veinticinco mil sólo por no comprometerse á defender ó á votar medidas en cuya resolucion no hubiera tomado parte alguna; mas es lo cierto que su arrogancia no se hallaba muy distante de la virtud.

Pitt prestó su apoyo al ministerio Rockingham,

sin perder por eso la ocasion de hacer la corte al partido ultrawhig, que debió el ser á la persecucion de Wilkes y á la eleccion del Middlesex, y habia ido haciéndose cada dia más numeroso y formidable, merced á los sucesos desastrosos de la guerra y al triunfo de los principios republicanos en América. En consecuencia, sostuvo un proyecto examinado en todas sus partes á pedir que se redujera la duracion de los Parlamentos, y presentó y apoyó tambien otro para que se constituyera una junta con el objeto de estudiar los asuntos electorales, declarándose contrario en los discursos que pronunció con tal motivo de los distritos cuneros, calificándolos de campo atrincherado de la corrupcion generadora de cuantas calamidades y desgracias pesaban sobre la patria; y empleando una frase majestuosa para expresar su pensamiento, definió á estos distritos electorales diciendo que adquirió su creacion gran desarrollo y crecimiento con la grandeza y poderío de Inglaterra, fortificándose con su fuerza, pero que no habia decaído al declinar su imperio y su poder.

Fox sostuvo á Pitt en aquella circunstancia, votándose la proposicion por mayoría de veinte diputados en una Cámara de trescientos. No volvieron á encontrarse los reformadores en tan buena situacion hasta el año de gracia de 1831.

Poseia el nuevo Gabinete, no solamente la fuerza que da el talento, mas tambien la que da el aura popular; como que ninguno antes gozó de tanto prestigio y autoridad desde la proclamacion de Jorge III; pero tenia en contra suya la mala voluntad del Rey, la tibieza con que lo apoyaba el Parlamento y las divisiones intestinas. El canceller, por ejemplo, no poseia el afecto ni la confianza de la

mayor parte de sus colegas; ambos secretarios de Estado se miraban con recelo y envidia; y como no se habian trazado con la debida exactitud las lindes respectivas de sus departamentos, las invasiones y las quejas eran constantes y reciprocas. Por tal manera, cuanto pudo hacer Rockingham fué mantener la paz entre sus compañeros los tres meses que aún vivió.

Al pasar de este mundo el Marqués quedaron los negocios en el mayor desorden. Sus partidarios designaron por su jefe al duque de Portland; el rey puso á Shelburne al frente del Tesoro, y como Fox, Cavendish y Burke presentaron en el acto sus dimisiones, el nuevo ministro se halló sin los elementos necesarios para constituir gabinete. Poseia, en verdad, grandes talentos y sobresalia en lides parlamentarias; pero no pudiendo hallarse allí donde más necesaria era su elocuencia y habilidad, necesitaba recurrir al auxilio de algun miembro de la Cámara de los Comunes que hiciera frente á los diputados de la oposicion. Pitt solamente poseia la elocuencia y el ánimo indispensables á este cargo. Le ofrecieron la cancillería de Hacienda, y aceptó... Acababa de cumplir aquellos días veintitres años.

A poco se suspendieron las sesiones del Parlamento, y durante el interregno una negociacion pacífica iniciada por Rockingham terminó con éxito feliz, reconociendo á virtud de ella la Inglaterra la independencia de sus colonias rebeldes, y cediendo al propio tiempo á sus enemigos de acá varios puertos del Mediterráneo y del golfo de Méjico, bajo condiciones tan honrosas y dignas como podia esperarse del suceso de la guerra, ó pudieran obtenerse de prolongar una lucha completamente desigual. Porque conservaba incólumes y en toda su

integridad sus fuerzas vitales, las fuentes caudalosas de su poder, y hasta salvaba su dignidad, no cediendo á la casa de Borbon sino aquello que le habia tomado por las armas en las guerras anteriores, y manteniendo bajo su dominio sin menoscabo alguno el imperio indostánico y enhiesta siempre su bandera en el peñon de Calpe, á pesar del esfuerzo que para derribarlo hicieron dos monarquías poderosas.

Si Fox hubiera seguido en el Gabinete, no habria ciertamente vacilado un sólo punto en suscribir aquellas capitulaciones; mas, por desgracia, con todo su talento y sus grandes cualidades se dejó arrastrar de la pasion en aquella circunstancia, y por espacio de muchos años su error hizo que fueran inútiles á la patria uno y otras. Pero vió que la Cámara de los Comunes se hallaba dividida en tres bandos: el suyo, el de North y el de Shelburne; que ninguno de los tres era bastante fuerte por sí para tener vida propia, y que por tanto, á ménos que dos se coligaran, siempre sería débil y floja la administracion que se apoyara en uno solo, ó que probablemente habria una serie de administraciones débiles y flojas, y que sucederia esto cuando más menesteroso se hallaba el país de gobiernos fuertes para su prosperidad y bienestar.

Necesario era, pues, y justo acudir al remedio de las coaliciones; pero si contra todas las posibles podia objetarse algo, la única que ménos dificultades encontrase y que pareciera más ocasionada era la de Shelburne y Fox, no sólo porque habria merecido el aplauso de uno y otro campo, sino porque podia llevarse á cabo sin sacrificar en sus aras ningun principio político por parte de Shelburne y de Fox. Por desgracia para todos, recientes querellas y des-

avenencias graves habian dejado rastros profundos de odio y desconfianza contra el primero en el ánimo del segundo, y así, cuando Pitt trató de intervenir como mediador, y autorizado al efecto, propuso á Fox que formara de nuevo parte del gobierno, como le preguntara si Shelburne debía continuar ejerciendo el cargo de primer ministro, y él contestase afirmativamente, le replicó: «No es posible que yo lo sea bajo su presidencia.—En ese caso, repuso Pitt, las negociaciones quedan rotas, porque yo no debo hacerle traicion;» separándose con estas palabras ambos políticos para no volver á encontrarse nunca.

No queriendo entrar en tratos Fox y los suyos con Shelburne, no les quedaba otro camino sino convenirse con lord North, y así lo hicieron, formando entónces un pacto funesto que aun es conocido en nuestros dias bajo de la calificación enfática de *coalición*. No hacia nueve meses que Fox y Burke habian amenazado á North con acusarlo, calificándolo constantemente de ser el más arbitrario, corrompido é incapaz de todos los ministros, cuando se aliaron á él para derribar á un hombre de Estado de quien no los separaba la menor cuestion esencial. É hicieron esto sin tener la prudencia ni la calma necesarias á esperar el momento en que pudieran realizarlo sin merecer el epíteto de inconsecuentes; y para que nada faltase al escándalo, los grandes oradores que habian fulminado rayos y centellas en la Cámara contra la guerra, determinaron de hacer causa comun con los promotores de ella para provocar un voto de censura en el capítulo de la paz.

Las Cámaras se reunieron ántes de la Navidad de 1782; pero las estipulaciones preliminares no se

firmaron hasta el mes de Enero siguiente, y el Parlamento no pudo tomarlas en consideracion hasta el 13 de Febrero de 1783. Durante algunos dias circuló el rumor de que Fox y North se habian concertado; mas presto fué necesario que se rindieran á la evidencia los más obcecados en no creerlo, á medida que iban adelantando los debates. Pitt adolecia de una indisposicion, y no pudo terciar en la polémica sino con escasas fuerzas y cuando las de sus oyentes se hallaban agotadas ya, debiendo atribuirse á esta circunstancia el que no alcanzara el éxito de otras veces. Tanto fué así, que sus admiradores hubieron de reconocer que su discurso fué flojo y agresivo, cometiendo en él la inconveniencia de aconsejar á Sheridan que se limitara en adelante á darse por satisfecho con los triunfos que alcanzara en las tablas del teatro; sarcasmo desafortunado que dió pié al agredido á replicar en los términos siguientes: «Después de lo que acabo de oír, siento impulsos vehementísimos de aventurarme á rivalizar con un autor de tanta nota como lo es ciertamente Ben Johnson, poniendo en escena la segunda parte de *El Niño malcriado* (1).» Puesta á votacion la proposicion de los amigos del Gobierno, fué rechazada con mayoría de diez y seis votos.

Mas no era hombre Pitt á quien desalentara un contratiempo ni se dejara derribar por un bote de lanza de su adversario, y así, pocos dias después, cuando propuso la oposicion un voto de censura contra los tratados, habló con una elocuencia, energía y dignidad tales, que aun elevaron su fama y popularidad á mucha mayor altura que jamás ha-

(1) *El Niño malcriado*, de Johnson, es un personaje de la comedia titulada *El Alquimista*.

bían estado. En aquel debate, aludiendo á la coaliccion de Fox y Shelburne, arrancó universales aplausos en la Cámara, al exclamar: «Si ese maridaje contra la naturaleza y de funesto augurio no se ha consumado todavía, diré, señores, que conozco un impedimento gravísimo para que se verifique y que lo alegaré para descargo de mi conciencia.»

Aquella vez tambien se halló el Gobierno en minoría. Lo cual visto de Shelburne presentó la dimision, que fué aceptada; pero el Rey luchó todavía mucho ántes de someterse á las condiciones de Fox, cuyos defectos aborrecia, y más aún su carácter independiente y poderosa inteligencia. Ofrecióse iterativamente á Pitt el cargo de primer lord de la Tesorería, esto es, el puesto preferente y de más importancia; pero por tentadora que fuese la ocasion, se negó á consentir: que su recto y claro juicio no era ménos precoz que su elocuencia, y aunque veía cerca su hora, comprendiendo que no habia llegado el momento preciso, ni quiso dar oídos á las lisonjas ni á las quejas del Monarca. Entónces S. M., no sin quejarse amargamente de la timidez de Pitt, hizo un esfuerzo para romper la coaliccion, y empleó cuantos medios son imaginables para separar de ella á lord North; pero en vano, quedando por esta causa sin ministerio durante algunas semanas, hasta que despues de haber fracasado en todas sus tentativas, y visto que la Cámara iba tomando un aspecto amenazador, cedió de su empeño. El duque de Portland fué nombrado primer lord de la Tesorería; Thurlow salió, y Fox y North ocuparon respectivamente dos secretarías de Estado, con facultades iguales en apariencia, si no en realidad, pues Fox era en este caso el primer ministro.

Muy entrado estaba ya el año cuando se completaron los arreglos dichos, y nada más ocurrió digno de mencion especial en lo que restaba de legislatura sino es la proposicion presentada segunda vez por Pitt, que habia tomado asiento entre los adversarios del Gabinete, pidiendo la reforma parlamentaria; reforma en la cual se proponia unir á la representacion electiva cien individuos por los condados y varios otros por las ciudades, bajo la cláusula de que aquellos distritos que fueran acusados de cohecho por las juntas electorales, perderian *ipso facto* su derecho. Esta proposicion la rechazó la Cámara por 293 votos contra 149.

Al suspenderse las sesiones hizo Pitt su primera y única excursion al continente, acompañado de uno de sus más íntimos amigos, jóven de su edad, que ya se habia distinguido en el Parlamento por la elocuencia natural con que sabía expresarse, y que realizaba y hacía por extremo seductora su voz, la mejor modulada de cuantas pudieran oirse. Nos referimos á William Wilberforce, persona dotada de las cualidades más amables, de muy distinguidas maneras y de peregrino ingenio. Llegaron ambos viajeros á Paris precisamente cuando estaba en su apogeo la anglomanía, y dicho se está cuánto no sería solicitado el hijo del gran conde de Chatham por las personas letradas y las damas de calidad. A pesar de su contrario propósito, hubo de ceder y de hablar de política, y con este motivo se repitió y comentó en los salones de la capital de Francia una frase suya muy notable por cierto. Mostrábase, á lo que dicen, sorprendido un caballero frances de la influencia inmensa que sobre la nacion inglesa ejercia un hombre como Fox, dado á los placeres, y arruinado por el juego y las apuestas en las carreras

de caballos; lo cual oído de Pitt, le dijo por toda contestación: «Se conoce que no habeis estado nunca bajo su mágica influencia.»

En Noviembre de 1783 se reunió de nuevo el Parlamento. El Gabinete se presentaba con fuerza irresistible ante la Cámara de los Comunes, y con no ménos pujanza en la de los Lores; pero en realidad su situación era muy difícil. Porque si la nación sentía vehementísimos deseos de cambiar de ministros, el Rey se mostraba tan impaciente por sacudir su yugo, que más de una vez formuló el propósito de retirarse á los Estados de Hannover. A decir verdad, Fox y North cometieron una falta grave y de malas consecuencias, pues hubieran debido comprender que las coaliciones entre bandos opuestos y por largo tiempo enemigos no prosperan sino en el caso de que sea comprendida y apreciada su necesidad, así de los jefes como de los subalternos que concurren á ellas; mas si aquéllos hacen el pacto ántes de que se hallen éstos preparados á secundarlos y á entrar de lleno en él, es lo probable que se insubordinen las tropas de los dos campos, y que hagan luégo una tregua entre sí para volver sus armas contra los caudillos de quienes se crean engañados y vengar en ellos la supuesta traición. Así aconteció en 1784. Al comenzar aquel año memorable, lord North era el jefe reconocido y declarado del antiguo bando *tory*, el cual, si quedó momentáneamente maltratado á consecuencia del desastroso desenlace de la guerra de América, todavía significaba mucho en el Estado, por haber poseído en absoluto y durante largo tiempo la respetuosa confianza del clero, de las universidades y de los propietarios de las provincias, en cuya bandera se leían las palabras: *Iglesia y Rey*, que comprendían en su laconismo

todo un programa político. A su vez, Fox había sido el idolo de los *whigs* y de los disidentes del anglicanismo. Y la coalición dió por inmediato resultado apartar de North los *tories* más fervorosos, y de Fox los *whigs* más entusiastas; la universidad de Oxford, que aprobó y sancionó la ortodoxia del primero, eligiéndolo por su canceller, y la *City* de Londres, que durante veintidos años había estado haciendo la oposición á la corte, lo juzgaron con igual severidad; los hidalgos y los rectores eclesiásticos, que profesaban los principios de los caballeros del siglo precedente, no pudieron perdonar á su antiguo jefe que se ligara con ciertas personalidades cuya tendencia manifiesta no era otra sino la de forzar desleal y traidoramente la voluntad del soberano; y los asociados del *bill* de derechos y de otras corporaciones reformistas, dieron muestras visibles de cólera y despecho al saber que su orador predilecto llamaba *ilustre amigo* al campeón de la tiranía y director de todo manejo corruptor; de donde se sigue que se hallaron por tal manera y de repente huérfanas de caudillos dos muchedumbres, siendo lo más singular del caso que ambas volvieron al propio tiempo los ojos hácia Pitt, persuadido un bando de que sólo él podría romper las ligaduras que sujetaban al Rey, y el otro, de que sólo él podría purificar la Cámara; dándole su apoyo incondicional en cada caso y respectivamente, para lo primero el arzobispo Markham, predicador del derecho divino, y Jenkinson, capitán de la guardia pretoriana de los Amigos de S. M., y para lo segundo Jebb, Priestley, Sawbridge, Cartwright, Jack Wilkes y Horne Tooke. Sin embargo, en la Cámara de los Comunes permanecieron tan compactos los diputados ministeriales, que á todos